

fundamentales de la élite salteña para tramar su caída. Además, las mismas condiciones de precariedad económica que tantos años de guerra e incertidumbre habían ocasionado empujaron también a las traiciones al líder de los gauchos, en las que estuvieron implicadas las mismas autoridades de Buenos Aires (pp. 168-184).

Definitivamente, en 1820 la guerra era insostenible y la autoridad de Güemes comenzó a desgastarse ante los apuros económicos y los conflictos internos para mantener las guerras. La élite y los mismos milicianos sintieron los estragos de las luchas armadas y el entorpecimiento reiterado del comercio con el Alto Perú, base fundamental de todos estos espacios para su existencia. En esas condiciones de desavenencias sociales y pugnas domésticas, las tropas realistas volverían a ocupar Salta y lograrían finalmente acabar con la vida de Güemes, iniciando así un proceso de reorganización en el que se logró un armisticio con los realistas. Luego, la élite salteña y los milicianos al mando de Juan Ignacio Gorriti pudieron poner fin a sus conflictos internos y retomar el comercio de esta ciudad con las provincias del Alto Perú bajo el control realista. Con estos hechos, la independencia en Salta quedó postergada y permitió que se librara en otros espacios y con otros protagonistas el desenlace final (pp. 194-205).

En síntesis, es indiscutible que en Salta los intereses particulares de los diversos sectores sociales predominaran antes que un declarado y ferviente patriotismo. Además, esos intereses coyunturales muestran la importancia de los espacios regionales y de la defensa inherente que sus pobladores hicieron ante los acontecimientos críticos, funestos y permanentes de la revolución. Por lo tanto, este libro de Sara Mata ofrece otra perspectiva de desatar el pasado para entender el presente de las sociedades.



**Zandra Pedraza**

Profesora Asociada Departamento de  
Lenguajes y Estudios Socioculturales,  
Universidad de los Andes (Bogotá,  
Colombia). zpedraza@uniandes.edu.co

Castro-Gómez, Santiago. ***Tejidos oníricos. Movilidad, capitalismo y biopolítica en Bogotá (1910-1930)***.

Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2009, 281 pp.

Las primeras décadas del siglo xx configuran un período que ha sido tratado en varias investigaciones y estudios en Colombia. Especialmente para quienes se interesan por las dimensiones

políticas de la cultura, las últimas décadas del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX aparecen como un escenario en el que diversos aspectos vinculados con los procesos propios de la urbanización, el capitalismo, la subjetividad moderna y la diferencia muestran ricas posibilidades de análisis. No es fácil hacer un recuento de las orientaciones y los problemas que han tratado historiadores, sociólogos, antropólogos y especialistas en género, literatura, raza y estudios culturales sobre estos fenómenos en las décadas señaladas.

A contrapelo de la muy establecida idea de que es durante la Revolución en Marcha y la hegemonía liberal encabezada por los Gobiernos de Alfonso López Pumarejo, cuando el país dio un viraje definitivo hacia la modernización y el capitalismo, muchos autores han reconocido en las décadas previas un conjunto de fenómenos sociales y culturales que consideran particularmente relevantes para comprender las formas singulares como Colombia y específicamente ciudades como Medellín, Cali y Bogotá fueron viviendo transformaciones que permitieron a sus habitantes experimentar facetas de una segunda modernidad. Durante estas décadas varios fenómenos alteraron los principios de las formas de vida de los habitantes del país e introdujeron una inédita experiencia de lo moderno como fenómeno urbano, asociado al consumo, a nuevos usos del espacio público y a actividades y formas nuevas de relacionarse las personas, de concebirse a sí mismas y de presentarse en el mundo social.

Una de las perspectivas de análisis que han desplazado hacia décadas anteriores el estudio de la “modernidad” en Colombia, se origina en el interés en conocer imaginarios, representaciones e ideales que se consideran fenómenos culturales y simbólicos imprescindibles para el desarrollo posterior de la modernización y de las formas de producción y vida capitalistas. La crítica cultural ha subrayado la importancia de identificar los fenómenos subjetivos, emocionales, intelectuales e imaginarios —formas de vida, percepciones, deseos—, sin los cuales es incomprendible el desarrollo material y social ulterior que vivió el país. Estas perspectivas de los antecedentes del avance de las formas de vida “modernas” también han estado influenciadas por los estudios que ligan el desarrollo de la nación, la identidad y el Estado a asuntos distintos de la economía y la política para relevar componentes culturales como la educación, el desarrollo intelectual, la historia de las ideas, la evolución del conocimiento científico, la historia de la educación, las perspectivas de género, raza y producción de desigualdad y diferencia como fenómenos esenciales para comprender aspectos sociales y culturales del país que hasta hace poco tiempo no se atendían o estaban supeditadas a explicaciones económicas y partidistas.

Específicamente en los veinte años transcurridos entre 1910 y 1930 ahonda la investigación que Santiago Castro-Gómez presenta con el título *Tejidos oníricos. Movilidad, capitalismo y biopolítica en Bogotá*. Al inicio del libro el autor afirma que ya durante estos años, antes de que los signos más visibles de la modernización se hicieran notorios en proyectos de educación popular, incremento de las exportaciones, procesos de migración, transformación y diversificación de la estructura productiva —especialmente la industrial—, se identifican los indicios de la forma específica como aparecieron en Colombia elementos inmateriales y subjetivos sin los cuales el capitalismo no puede realizarse como derrotero socioeconómico hegemónico. El proyecto de Santiago Castro es el de una historia del capitalismo que no se desvíe hacia el mero análisis de la producción de mercancías, sino que se enfile a exponer las formas de producción de las subjetividades “sin las cuales el capitalismo no podría existir”. Se trata entonces de identificar en esta investigación los dispositivos y ensamblajes que resultaron definitivos para que surgiera entre sectores emergentes como la burguesía, el proletariado y las clases medias urbanas, una relación “moderna” con sus cuerpos, afectos y deseos. El lector encontrará a lo largo de los cinco capítulos la presentación y el análisis del funcionamiento de los dispositivos que Santiago Castro vinculó a la producción de subjetividades para el capitalismo en Bogotá.

*Tejidos oníricos* propone entonces una genealogía de los dispositivos y los ensamblajes que contribuyeron a esta producción. En una perspectiva más general, se trata de un trabajo que amplía las reflexiones acerca del alcance de la “colonialidad del poder” y de su lectura biopolítica, que sitúa el deseo como “infraestructura” del capitalismo, es decir, como un aparato semiótico que funciona en la medida en que las personas que habitan y dinamizan el capitalismo se conciben como trabajadoras, consumidoras y productoras de este mismo mundo. Los “agenciamientos moleculares” se proponen en esta investigación como el recurso metodológico para comprender los deseos y aspiraciones de las subjetividades capitalistas. El estudio se funda, ante todo, en textos publicados en revistas y en la prensa diaria, en los que se identificaron algunos aspectos que revelan la materia que vino a constituir el deseo de los habitantes de Bogotá, y en menor medida, consulta libros de pensadores nacionales contemporáneos.

Si bien las fuentes no responden plenamente al propósito de reconocer y describir los “agenciamientos”, pues ellas mismas no exponen el deseo, los motivos, las necesidades y las representaciones de los noveles y a menudo sólo potenciales consumidores bogotanos, sí le permiten al autor identificar la oferta que se les hace a los lectores con el fin

de que se inicien en la tarea de comprenderse como consumidores activos, capaces de establecer relaciones entre los productos y la calidad, el placer y las satisfacciones que éstos representan. En este momento se comienza a construir el deseo del consumidor a través de una emocionalidad escenificada y explicada en las publicaciones.

La originalidad de *Tejidos oníricos* reside en su capacidad de exponer los principales motivos que se le ofrecen al lector para que inicie una actividad subjetiva que lo constituye como consumidor moderno, mediante la oferta de nuevas posibilidades de vida que comienzan a circular en Colombia en los medios impresos durante las primeras décadas del siglo xx. Al mero consumo de mercancías que sugiere la publicidad, se debe añadir aquí el de experiencias como las de movilidad, agitación, algarabía e iluminación que los autores de la época anuncian y promueven. Implementar el capitalismo requiere tecnologías de gobierno orientadas a producir sujetos “deseantes”, atados a la sociedad del trabajo a través de dispositivos de gobierno como la publicidad, la moda y el entretenimiento. El éxito de este esfuerzo se muestra en el hecho de que las personas empiecen a identificarse vitalmente con los estilos de vida propios del capitalismo, estilos que sin lugar a dudas sólo pueden realizarse a través del consumo. Las tecnologías de gobierno —de orden estético-político— funcionan aquí bajo la modalidad del consumo de imágenes, sensaciones y emociones.

Es claro en el texto que si bien el desarrollo industrial y capitalista de Colombia a finales del siglo xix y durante las primeras décadas del xx no había alcanzado a hacer de la fábrica y del obrero las principales piezas de su modo de producción, en Colombia se empieza a implementar “un imaginario social centrado en la velocidad y aceleración permanente de la vida”. La industrialización requería una nueva relación de las personas con el movimiento lo cual se debía traducir en subjetividades cinéticas: los cuerpos debían adquirir una nueva velocidad y se favorece entonces una circulación acelerada de bienes y fuerza de trabajo.

Las noticias y debates que examina el autor muestran que la prensa les ofreció a los lectores una interpretación que anunciaba nuevas experiencias que podrían vivir gracias a eventos como la Exposición Agrícola e Industrial de 1919, al paso profético del cometa Halley y a los dispositivos de movilidad como el tren, la moda, el urbanismo o las entretenencias, todos ellos vaticinadores de inéditas posibilidades de cambio, de ser otro, de ser moderno. Se puede objetar que para entonces la práctica del consumo era bastante reducida: tal vez sólo un mínimo porcentaje de la población podía “perderse” en esta experiencia. Con todo, en este caso estamos frente a un fenómeno

similar al que he reportado en relación con la lectura de literatura trivial sentimental, en la que el lector tiene una experiencia mediante el acto mismo de ver y leer. Ante él se exponen las imágenes de las experiencias que vive el consumidor y del mundo emocional que las rodea.

Ahora bien, puesto que el trabajo no discute las técnicas de publicidad que se importaron al país con estas imágenes ni está disponible un estudio acerca del impacto de esta publicidad en el consumo nacional, no es fácil precisar en qué medida la distancia cultural entre las imágenes ofrecidas y la experiencia local podía salvarse emocional y subjetivamente hasta llegar a constituir un universo simbólico que se instalara efectivamente en las formas de vida de los bogotanos. Por este motivo, el alcance de la explicación sobre el efecto biopolítico de la movilidad se estrecha, al no poderse identificar la condición colonial en la que se desean estas experiencias y mercancías. Este vacío interroga el alcance de la investigación en relación con las formas específicas como la colonialidad del poder fue asimilada mediante los dispositivos de movilidad y en las subjetividades cinéticas. La descodificación de la subjetividad prometida en las primeras páginas del libro queda pendiente, sobre todo porque la interpretación hecha sobre la base de las representaciones que las élites ponen en circulación está fundada en los escritos de representantes de estos grupos y no en las narraciones, relatos, expresiones y percepciones de quienes experimentaban, en calidad de lectores de prensa, imitadores de actitudes y modas, de transeúntes urbanos o de pasajeros de vehículos automotores, las vivencias que prometían convertirlos en modernos.

Esta dificultad metodológica hace que a la conclusión acerca del carácter alternativo de los contra-imaginarios del pensamiento nómada que se le atribuyen a Enrique Restrepo Calancha y Luis Tejada se le deba conceder el beneficio de la duda. El carácter letrado de estos autores y su propia condición colonial —que no se consideran en el análisis— se revelan en el gesto de poder experimentar su propia existencia sólo al vaciarse la ciudad, en la noche, en la bohemia que anhela quien querría pasarse “...la vida saboreando la voluptuosidad de la decadencia” (Tejada<sup>1</sup> 1923, en Castro-Gómez 2009, p. 259). Efectivamente, Tejada no añora la aristocracia colonial. Inaugura el *habitus* de la burguesía urbana que puede surgir en la diferencia colonial, cuya experiencia “decadente” se nutre del roce nocturno con los habitantes de las márgenes que el orden de la segunda modernidad define en las ciudades y le permite, nuevamente mediante la letra, reproducida ahora en las nuevas máquinas de la industria cultural, exponer una nueva sensibilidad que anuncia las

1. Luis Tejada, Crónica “Elogio de la inactividad”, *Revista Cromos* 343 (25 de agosto de 1923): 110.

aporías de las experiencias de la modernidad en modo colonial. La tarea de señalar cómo el carácter colonial y las formas de la colonialidad del biopoder comenzaron a asimilarse en el país desde las primeras décadas del siglo xx, es un esfuerzo que las investigaciones sobre la subjetividad, el deseo y las formas inmateriales del capitalismo tienen frente a sí.



### Caterina, Luis María. *Los empresarios y el obrerismo en tiempos radicales 1916-1930*.

Rosario: Pontificia Universidad Católica Argentina, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales del Rosario, Instituto de Historia, 2008, 394 pp.

Desde la publicación de su tesis doctoral, *La Liga Patriótica Argentina. Un grupo de presión frente a las convulsiones sociales de la década del 20*, el profesor y juez de la República, Luis María Caterina, ha presentado diversas reflexiones sobre las acciones gubernamentales y el comportamiento empresarial en materia laboral durante los mandatos de Yrigoyen y Alvear. La preocupación fundamental del profesor Caterina, presentada en el libro que aquí se reseña, consiste en encontrar “las razones por las cuales la legislación social fue tan fragmentaria, se demoró tanto y por qué, luego, se consolidó con determinadas características” (p. 7). En efecto, en el caso argentino la discusión en torno a la conformación de un código laboral se inició a finales del siglo xix, y en 1904, 1921, 1928, 1933 y 1941 las diversas iniciativas que se presentaron ante el Congreso no lograron convertirse en leyes. Sin embargo, se expidieron normas sobre diversos asuntos del mundo laboral, por ejemplo el descanso dominical (1905), el trabajo femenino e infantil (1907), los accidentes de trabajo (1915) y la limitación de la jornada laboral (1929).

Como lo anticipa el título del libro, el énfasis recae sobre el empresariado, analizado a través de las asociaciones de empresarios, particularmente la Asociación del Trabajo, organización que agrupa empresas y empresarios de diversas ramas de la actividad económica y que fue creada en 1918 durante uno de los períodos



### Decsi Arévalo Hernández

Economista, Magíster en Historia y Magíster en Economía de la Universidad Nacional de Colombia (Bogotá, Colombia), y Doctora en Ciencias Económicas de la Universidad París X (Nanterre, Francia). Profesora Asociada del Departamento de Historia de la Universidad de los Andes (Bogotá, Colombia). Hace parte del grupo de *Protección Social*, adscrito al CID de la Universidad Nacional y a la Universidad de Los Andes. darevalo@uniandes.edu.co